

año, continuada del mismo modo en el reinado de Galo.
 Rigorosa persecución de Valeriano, desde el año 257 hasta el de 260.
 Persecución de Aureliano, comenzada abiertamente en 273, y terminada en el mes de abril de 275.
 Décima persecución general, en extremo rigorosa, desde el año 303 hasta el de 313. Ya se había ejercido en diversas partes desde el año 285; y la prosiguió Licinio desde el año 318 hasta el de 324.
 Persecución violenta de los arrianos bajo el imperio de Constantino, sobre todo después de la muerte del emperador Constante.
 Persecución de Persia bajo el rey Sapor: fué muy sangrienta desde el año 342 hasta el de 344.
 Persecución de dos años bajo el imperio de Juliano apóstata, que no cesó de tender todo género de lazos á los fieles y de derramar de cuando en cuando su sangre, hasta el año 363.
 Persecución declarada de Valente contra los ortodoxos en 366, y en extremo violenta desde 369 hasta 377.
 Persecución comenzada en 403 contra san Juan Crisóstomo y los adictos á su comunión, y continuada hasta después de la muerte del santo Patriarca.
 Violencias cometidas por los donatistas y sus circuncisiones, hacia el año 404.
 Furor de los pelagianos en Palestina después del Concilio de Dióspolis, celebrado en 415.

ESCRITORES ECLESIASTICOS.

Hermas, autor de una colección de revelaciones ó instrucciones morales, intitulada el *libro del Pastor*, citado como canónico por algunos de los más antiguos Padres: escribió á fines del siglo primero.
 Las obras que corren con el nombre de san Dionisio Areopagita, se le atribuyeron falsamente, según unos, pues las suponen compuestas en el siglo quinto; pero otros sostienen que son del Santo.
 San Clemente Papa, escribió á los corintios una Epístola, que se leía con mucha veneración en las iglesias, aun 70 años después de su muerte. 400.
 San Ignacio, obispo de Antioquia, autor de siete Epístolas muy celebres en toda la antigüedad, leídas públicamente en las iglesias de Asia mucho tiempo después de su muerte, acaecida en 107 ó 116.
 Aquila, Simaco y Teodocion hicieron sus versiones griegas de la Escritura, á mediados del siglo II.
 Papias, autor de la Exposición de los discursos del Señor, dió lugar entre los fieles al error de los milenarios, hacia el año 150.
 Cuadrato y Aristides compusieron apologías en favor del cristianismo. De la de Cuadrato se conservan algunos fragmentos; pero la de Aristides se perdió del todo.
 San Policarpo, obispo de Esmirna, muerto en 166, escribió una Epístola á los filipenses que se leía aun en las iglesias de Asia 300 años después de su martirio.
 Atenágoras, en 166. Escribió una apología de los cristianos, que existe íntegra, y un tratado sobre la resurrección de los muertos.
 San Justino, en 167. Las principales obras suyas que existen, son las dos Apologías, el diálogo con Trifon y la primera parte del tratado de la Unidad de Dios.
 Taciano, discípulo de Justino en sus principios, escribió una oración contra los gentiles.

San Meliton compuso muchas obras llenas de ingenio y elegancia, de las que solo existen algunos fragmentos; y entre ellos el Catálogo de los libros del Viejo Testamento, conforme con el de los judíos, á escepcion del libro de Ester, omitido por Meliton.
 Hegesipo, en 181. Es el primero que escribió una Historia de la Iglesia, de la cual cita Eusebio algunos fragmentos que son los que han quedado.
 Teófilo, obispo de Alejandría en tiempo del emperador Cómodo. Se conserva su elegante tratado Autólico sobre el verdadero Dios y la verdad del cristianismo. Es el primero que ha usado la palabra *Trinidad* para explicar la distinción de las divinas Personas, 186.
 Apolinar, obispo de Jerápolis. De sus obras solo existen algunos fragmentos.
 San Dionisio, obispo de Corinto, en el pontificado de San Sotero, célebre por las ocho Epístolas que de él nos quedan.
 Hermias, filósofo cristiano, autor de una obra imperfecta sobre los absurdos de la filosofía gentilica.
 Redon, escribió una obra sobre los seis días de la creación, y un tratado contra Marcion del que nos ha conservado Eusebio algunos fragmentos.
 San Ireneo, obispo de León, 203, autor de una carta sobre el cisma, de otra sobre la monarquía ó unidad de principio, y de un tratado de la Orogada contra los valentinianos. Estas obras se han conservado en parte; y existe íntegra la versión latina de su tratado de las heregias, con algunos fragmentos del original griego.
 Clemente, presbítero de la iglesia alejandrina, muerto á principios del siglo tercero. Se conserva su tratado sobre las cualidades del rico que se salvará, su exhortación á los gentiles, su *Pedagogia* ó compendio de la moral cristiana, sus *Estromas* ó tegido de los más hermosos pasajes de la filosofía cristiana, y los fragmentos de sus Hipótipos, 216.
 Minucio Félix: Diálogo escolante en favor de la Religión cristiana.
 Julio Africano: su obra cronológica constituye en parte todo el fondo de la Crónica de Eusebio.
 Tertuliano, muerto á mediados del siglo III. Sus mejores obras son el Apologético á favor del cristianismo, y sus Prescripciones contra las novedades heréticas. Escribió antes de su caída los tratados del Bautismo, de la Penitencia, de la Oración, de la Paciencia, del Adorno de las mugeres, y sobre los Espectáculos. Aunque se hallase fuera de la Iglesia cuando escribió contra Marcion y Praxeas, y de la Corona del soldado; sin embargo, estas obras contienen muchas cosas excelentes. Las obras peores de este escritor son sus libros de la Monogamia, de la Impudicia ó deshonestidad, del Alma, y del Manto ó capa.
 San Hipólito, mártir, hacia el año 230. Además de su Cielo pascual, compuso varias obras, pero son pocas las que han llegado hasta nosotros íntegras.
 Orígenes, muerto en 253. Es el más fecundo de los escritores eclesiásticos, pues el número de sus obras asciende á más de seis mil. Su adhesión al sentido alegórico lo indujo á muchos errores, á los cuales añadieron sus discípulos otros varios mucho más groseros. Su tratado de los Principios es el más reprehensible.
 San Cipriano, en 258. Nos quedan de este Santo ochenta y una cartas, algunas piezas en verso, y muchos tratados, de los cuales los que merecen más estimación son los de los Lapsos ó caídas, de la Unidad de la Iglesia, de las Obras de misericordia, y de la Limosna. Lactancio le reputa el primero de

los Padres verdaderamente elocuentes; y en efecto tiene aquella feliz igualdad de imaginación y de discernimiento que produce la verdadera elocuencia. Su estilo varonil y vehemente, brillante, sublime y magestuoso nada tiene de declamatorio; y hermana la amenidad con la naturalidad y la pureza.
 Ammonio-Saccas. Nos queda de él en la Biblioteca de los Padres una concordancia de los cuatro Evangelios, compuesta únicamente del texto sagrado, sin añadir ni omitir una sola palabra.
 San Dionisio de Alejandría, en 264. De todos sus escritos no nos ha quedado completo otro, que se sepa de un modo incontestable, sino su carta á Basíides sobre diferentes puntos de disciplina.
 San Gregorio el Taumaturgo, en 270. Dejó una epístola canónica de grande autoridad, y un panegírico muy elocuente de Orígenes.
 Arnobio. Su apología refuta mucho mejor los argumentos y las calumnias de los paganos que habla acerca de la Religión cristiana.
 San Anatolio de Laodicea. Tenemos de él un tratado sobre la Pascua.
 San Metodio de Tiro: del cual nos queda el *Convite de las vírgenes*, y algunos fragmentos de otras obras.
 San Páfilo, mártir, en 309. Dejó una apología de Orígenes.
 Lactancio, llamado el Cicerón cristiano por la pureza de su estilo. Nadie le disputa los libros de la Ira de Dios y de la Formación del hombre. Le atribuyeron muchos escritos; pero es constante que el tratado de la Muerte de los perseguidores es suyo.
 Materno, dejó un tratado sobre los Errores de las religiones profanas.
 San Alejandro de Alejandría, en 326. Nos quedan dos cartas de este Santo, que por su mérito nos hacen más sensible la falta de las muchas que se perdieron.
 Cayo Veccio Juvenco Aquilino, español; floreció en 329. Era de una familia ilustre, y fué el primero de los poetas latinos que consagró la poesía á la Religión; pues siguiendo en cuanto le fué posible el texto de los Evangelistas, escribió en verso exámetro ó heróico la Vida de Jesucristo. Esta obra, que dedicó al emperador Constantino y que fué muy estimada, se ha perdido, así como varias otras que es de creer compendria.
 Eusebio de Cesarea, 338. Hay de él la Historia Eclesiástica desde el nacimiento de la Iglesia hasta el tiempo del autor: la Vida de Constantino, la Preparación y la Demostración evangélica, unos Comentarios sobre algunos libros de la Escritura, una Crónica y algunos opúsculos. La erudición y solidez de estas obras hicieron pasar á Eusebio por el más juicioso y más sabio de su tiempo. Sobre todo, se admira en la Demostración una ciencia profunda de la antigüedad y conocimientos que no se hallan sino en esta obra, que debería ser más común.
 San Pacomio, 348. Hay de él una regla monástica y once cartas.
 San Antonio, 356. Hay antiguas traducciones de algunas cartas, y de una Regla que había dictado en su lengua nativa.
 San Febadio de Agen. Escribió con elocuencia contra la confesión de Sirmio.
 San Hilario de Poitiers, 367. A más de sus obras profundas y elocuentes contra los arrianos, tenemos de él comentarios sobre san Mateo y sobre una parte de los Salmos.
 Lucifero de Cagliari, 370. Hay suyos algunos escritos contra los arrianos, y obras llenas de hiel por sostener su cisma.

Los Apolinarie, padre é hijo: el primero sacerdote, el segundo obispo de Laodicea y jefe de los apolinaristas. Hay de este la traducción de los Salmos en versos griegos.
 San Atanasio, 373. Sus obras, que contienen principalmente la defensa de los Misterios de la Trinidad, Encarnación, Divinidad del Verbo y del Espíritu Santo, le hacen mirar como el mayor teólogo de la antigüedad, el más eminente de los oradores y el más claro y natural de los escritores.
 San Basilio, 379. Sus obras, las más acabadas de las de todos los Padres, consisten en excelentes comentarios sobre la Escritura, en Homilias muy elocuentes, en Cartas muy instructivas sobre la disciplina, y en Instituciones de la vida monástica, cuyo autor fué en Asia. Se aventaja en los panegíricos. La elegancia y pureza de su estilo, sus pensamientos tan nobles como delicados, sus expresiones grandes y sublimes, la profundidad de su doctrina, lo vasto de su erudición y la fuerza de sus raciocinios le hicieron igualar á los más grandes oradores de todos los tiempos, sin exceptuar á Demóstenes.
 San Efrén, diácono de Edesa. Sus sermones y discursos de piedad, sus tratados contra los hereges y sus comentarios sobre la Escritura ofrecen un fondo de bellezas tan adheridas á las cosas que son casi tan sensibles en las traducciones griega y latina como en el original siríaco. Sobre todo se admira en ellas la unión difícil de toda la brillantez de la imaginación oriental con la más tierna unción.
 San Melecio, 381. San Epifanio nos ha conservado de él un discurso muy elocuente.
 El Papa S. Dámaso, español, 384: escribió muchas cartas y algunas poesías que le hicieron pasar por uno de los ingenios más cultos de su siglo.
 Didimo el ciego, 385. Hay de este prodigio de memoria un tratado del Espíritu Santo, traducido al latín por san Jerónimo; un Comentario sobre las Epístolas canónicas, y un libro contra los maniqueos.
 San Cirilo de Jerusalén, 385. Sus veintitres Catéqueses son miradas como el compendio más antiguo y más perfecto de la doctrina cristiana.
 San Gregorio Nacianceno, 389. Sus obras consisten en cincuenta y cinco discursos ó sermones, en muchas piezas de poesía y en muchas Cartas. Su elocuencia es muy sublime y muy animada; lo que no impidió el que su exactitud en la explicación de los misterios le haya merecido el nombre de *teólogo* por excelencia. Su estilo es puro, nobles sus expresiones, variadas sus figuras; frecuentes, propias y luminosas sus comparaciones; y sólidos sus raciocinios.
 San Anfiloquio de Iconio, 393. Tenemos de él una carta sobre el Espíritu Santo, un poema á Seleuco para instruirle en la piedad, y fragmentos de algunas otras obras.
 San Gregorio Niseno, 396. Ha dejado Comentarios sobre la Escritura, tratados dogmáticos, sermones y panegíricos y algunas cartas sobre la disciplina de la Iglesia. Es necesario cautelarse contra las alteraciones que los hereges han hecho en las obras de este Padre.
 San Ambrosio, nacido según la opinión común en Arlés, en las Galias, murió en 397. Tenemos de él excelentes tratados sobre los deberes de la mayor parte de los estados de la vida; exhortaciones y sermones muy patéticos; comentarios sobre el Evangelio de San Lucas, sobre las Epístolas de San Pablo, y sobre muchos almos; algunos elogios fúnebres y muchas cartas que no son las menores pro-

ducciones de su elocuencia. Algunas veces parece escenderse esta á sí misma, y tomar una fuerza mas que humana en aquellos discursos como inspirados por sucesos tan capaces de conmovir una alma sensible, y en los cuales se halló él mismo muchas veces, como en las persecuciones de la emperatriz Justina, y la muerte imprevista del joven Valentiniano. La dulzura de sus espresiones le hizo dar el sobrenombre latino de *Doctor Melifluus*: á lo que puede haber contribuido lo que su historiador refiere, á saber: que descansó sobre la boca de Ambrosio, cuando estaba en la cuna, un enjambre de abejas.

Evagrio del Ponto, arcediano de Constantinopla, 399. Dejó varias obras, la mayor parte de las cuales son instrucciones sobre la vida monástica.

San Epifanio, 403. Su principal obra es un tratado contra las heregías, intitulado *Panarion*, es decir, Antídoto universal. Este Padre tenia mucha erudición, pero tambien mucha credulidad y poca exactitud en la relacion de los hechos. Dicen que de los Padres griegos es el que mas descuidó de la elegancia y estilo. No obstante, le debemos muchos fragmentos de autores eclesiásticos y profanos, de los que sin él no tendríamos conocimiento alguno.

San Juan Crisóstomo, 407. Se le puede mirar como el Ciceron cristiano, no solo por el número y belleza de la dición, sino tambien por los pensamientos y movimientos de la elocuencia. La misma facilidad, claridad, abundancia y nobleza reinan en sus figuras, y una misma fuerza en sus racionios; pero el Ciceron cristiano escende al profano, en que teniendo que tratar objetos infinitamente superiores á la esfera ordinaria de nuestra inteligencia, los maneja con una capacidad y facilidad que hace sensibles á todos aun las cosas mas inaccesibles á los sentidos. Sus obras mas elocuentes son las Homilias al pueblo de Antioquia, las Homilias sobre el Evangelio de san Mateo y sobre las primeras Epistolas de san Pablo, la mayor parte de sus sermones sueltos y muchas de sus cartas. No es menos admirable en sus tratados, compuestos la mayor parte en la flor de su edad, y acabados con una atencion que la carga del Episcopado le hizo mucho menos practicable en lo sucesivo. Sus Comentarios sobre una gran parte de las Sagradas Escrituras le hacen mirar como el mejor de los intérpretes griegos, y sus interpretaciones sobre san Pablo en particular le hacen preferible á todos los comentadores de este Apóstol, sean griegos ó latinos.

Quinto Aurelio Prudencio, en 408. Tenemos de este piadoso poeta español algunas obras que por su hermosura, variedad de figuras, elegancia y exactitud en el metro, le colocan entre los mejores poetas antiguos. Sus dos libros contra Simmaco son una prueba luminosa de la Religion, y un triunfo completo sobre el paganismo. De sus obras hizo una hermosa edicion el P. Arévalo, jesuita.

Rufino, en 410. Tradujo del griego al latin las obras de Josefo, la historia eclesiástica de Eusebio, á la cual añadió dos libros, y muchas obras de Orígenes, lo que le atrajo la censura de la Santa Sede. Comparando sus traducciones con el original, se ve que se tomaba una libertad estremada. Escribió asimismo comentarios sobre algunos Profetas, muchas Vidas de los Padres del desierto, en las que muestra poca crítica, apologias que son elocuentes, y una esplicacion del Símbolo que siempre ha sido estimada.

San Gerónimo, en 420. Fué suscitado por Dios para explicar las divinas Escrituras, que interpreta de un modo literal y el mas sólido. La Iglesia adoptó su version bajo el nombre de *Vulgata*, escepto los Salmos, en los cuales se conservó casi enteramente la antigua version, la mas respetable por su antigüedad, pero no la mas clara. Sus tratados contra muchos hereges son elocuentes y de gran vehemencia. Hasta en sus cartas es orador, y ellas forman una parte de las mas interesantes de sus obras. Su tratado de la Vida y de los Escritos de los autores eclesiásticos ha sido de un gran socorro á todos los bibliógrafos mas modernos. Este Padre tenia una erudicion inmensa, grande penetracion, un juicio recto, y al mismo tiempo sólido. Su estilo es vivo, lleno de fuego, y muchas veces muy noble, pero algunas un poco duro, sobrecargado de adornos, y se resiente de la declamacion.

Paladio, por los años de 420. Su historia llamada *Lausiaca*, porque fué dedicada á Lausio, gobernador de Capadocia, es muy estimada. Contiene la vida de muchos solitarios ilustres. Tambien se le atribuye una Vida de san Juan Crisóstomo; pero verosimilmente es de otro Paladio amigo, como este, del santo Patriarca de Constantinopla.

Paulo Orosio, presbítero español, se ignora el tiempo lijo de su muerte: floreció por los años 420. Tenemos de este celoso escritor su libro titulado *Apológico*, una carta sobre los errores de los priscilianistas y origenistas, y la Historia que escribió á instancia de san Agustin. Esta obra, muy apreciable, ha hecho célebre la memoria de su autor, y por ella se le ha mirado siempre como hombre de una piedad singular y de erudicion extraordinaria.

San Sulpicio Severo, 423. Hay de este ilustre sacerdote un compendio de la Historia sagrada, desde la creacion del mundo hasta el año 400 de Jesucristo, la Vida de san Martin de Tours, un Diálogo y algunos opúsculos. Halláanse en su Historia algunos sentimientos particulares, tanto sobre los hechos como sobre la cronología, lo que no impide que se le mire como el compendiador mas perfecto de la historia santa. Iguala á Lactancio, y escede á todos los demas autores latinos de la antigüedad eclesiástica por lo que toca á la pureza y elegancia del estilo. En cuanto al vigor y concision se habia propuesto imitar á Salustio, y lo consiguió bastante bien para merecer el nombre de Salustio cristiano.

San Agustin, muerto en 430. Es el Padre que mas ha escrito y contra las sectas mas opuestas entre sí. La Iglesia ha declarado muchas veces por boca de los Papas y en los Concilios, que es el fiel intérprete de sus sentimientos sobre la gracia. Sus obras sobre esta materia, su tratado de la Ciudad de Dios y sus Confesiones le adquirieron una gloria inmortal. Hallase en sus escritos generalmente una vasta estension de ingenio, una penetracion viva y profunda, interpretaciones felices, y algunas veces admirables sobre materias que no parecen aptas para esto, una abundancia y finura de pensamientos, una fuerza y nobleza de espresiones, tal fuego y energia y rapidez, que escita por lo menos la admiracion en los ánimos mas duros, cuando no produzca la persuasion.

San Paulino de Nola, 431. Dejó un gran número de Epistolas y poesías, de las cuales san Gerónimo, san Agustin y los mas grandes hombres de los tiempos floridos de la antigüedad hacian el mayor aprecio.

Filostorgio de Capadocia, adicto á los errores del ar-

rianismo, publicó en tiempo de Teodosio el joven una Historia Eclesiástica, que comienza en 320, y acaba en 425.

Juan Casiano, 440. Recogió en veinticuatro libros las conferencias de los Padres del desierto; compuso doce libros de las instituciones monásticas y siete acerca de la Encarnacion. Todas estas obras escritas con estilo sencillo y fácil, propio para inspirar la virtud, le hicieron pasar por un doctor profundo y por uno de los mayores maestros de la vida religiosa. No obstante, algunas de sus conferencias se resienten de pelagianismo.

San Isidoro Pelusiota, 440. Escribió muchas cartas, que contienen la esplicacion de algunos pasajes de la Escritura y cuestiones teológicas, y en ellas se nota mucha penetracion y un juicio esquisito.

CONCILIOS MAS NOTABLES.

Concilio de Jerusalem celebrado por los Apóstoles hácia el año 51: es el primero y el modelo de los Concilios generales. Estando discordes los fieles sobre una materia importante, los Apóstoles y primeros Pastores se juntaron en el mayor número que fué posible. El Principe de los Apóstoles preside á la asamblea, propone la cuestion, se delibera maduramente y con libertad, espone su dictamen el primero; y todos los demas suscriben á él. La decision, fundada en los monumentos de la revelacion divina, formulada por conducto del Gefe de la Iglesia universal y enviada despues á las iglesias particulares, es intimada y recibida no como un juicio humano, sino como un oráculo del Espíritu Santo; ella libertaba de las observancias mosaicas á los gentiles que abrazasen el Evangelio; les prohibia la idolatría y la fornicacion reputada casi por indiferente entre los idolátras, les imponia una ley positiva de que se abstuviesen de la sangre y de la carne de los animales sofocados.

Los Cánones llamados Apostólicos y las Constituciones Apostólicas, aunque son muy antiguas, no son de los Apóstoles.

Concilio de Pérgamo, que condenó á los colorbasianos, especie de valentinianos, en 152.

Concilio de Jerápolis en Frigia contra Montano, Teodoro y sus sectarios, en 173.

Concilios de Roma, de Cesarea en Palestina, del Ponto, de Corinto, de Osroena y de Lyon, para que la Pascua se celebrase el domingo despues del 14 de la luna de marzo: en 196.

Concilio de Roma en el pontificado de San Victor contra los asiáticos cuartodecimanos, en 197.

Concilio de Lyon, en que se confirmó el uso contrario al de los cuartodecimanos; y sin embargo se exhortó al Papa San Victor á que usase de moderacion con los asiáticos; hácia el año 197.

Concilio de Cartago, que prohibe nombrar á un eclesiástico por tutor ó curador, en 217.

Concilio de Alejandria, en el que fué condenado Orígenes por haberse castrado, en 231.

Concilio de Estra ó Filadelfia contra Berilo, que afirmaba que Jesucristo era un mero hombre, en 242.

Concilio de Efeso contra Noeto, que negaba la distincion de las Divinas Personas, en 245.

Concilio de Arabia, contra los que sostenian que las almas morian y resucitaban con los cuerpos, en 248.

Concilio de Acaya, contra los valesianos que se hacian eunucos, en 250.

Cuatro Concilios de Cartago, en tiempo de San Cipriano, contra los cisimáticos, y para arreglar las penitencias.

Los Concilios de Roma, siendo Papa San Cornelio,

para confirmar los Cánones penitenciales de Cartago y para la reunion de los confesores, en 251.

Concilio de Roma contra los rebaptizantes, en 256.

Dos Concilios de Antioquia para vindicar la Divinidad de Jesucristo contra Pablo de Samosata, en 264 y en 269.

Concilio de Elvira ó Iliberi, al cual se atribuyen ochenta y un Cánones penitenciales, entresacados verosimilmente de muchos Concilios; hácia el año 300.

Dos Concilios de Alejandria contra Melecio, en 301, y en 305 ó 306.

Concilio de Ciria ó Zette, en el cual muchos obispos traidores se dieron recíprocamente la absolucion, en 305.

Concilio de Cartago, que eligió para esta Silla á Ceciliano, cuya deposicion ejecutada poco despues por los obispos de Numidia, ocasionó el cisma de los donatistas, 312.

Concilio de Roma contra los donatistas, 313.

Concilio de Arlés, congregado de todo el Occidente, contra los donatistas, 314.

Concilio de Ancira, notable por sus cánones y porque en él se habla por primera vez de los corepiscopos; hácia el año 314.

Concilio de Neocesarea, sobre la disciplina, 313 ó 315.

Tres Concilios de Alejandria, en tiempo de san Alejandro, contra Arrio y sus secuaces. En el tercero, celebrado por Osio, se condenó tambien á los colutianos, que sostenian que Dios no es el autor del mal fisico.

Concilio de Nicea, contado por el primero general: duró desde 28 de junio hasta 25 de agosto de 325.

Presidió Osio, en nombre del Papa S. Silvestre. En él se definió la consubstancialidad del Hijo de Dios con su Padre, y se condenó á Arrio con sus sectarios; logrose asimismo reunir á la Iglesia la mayor parte de los melecianos; se fijó la celebracion de la Pascua al domingo despues del día 14 de la luna de marzo, y se dictaron veinte cánones de disciplina.

Concilio de Gangres, celebrado hácia el año 340: formáronse en él veinte Cánones de disciplina.

Concilio de Antioquia para la Dedicacion, en 341.

Hicieronse en él excelentes reglamentos, pero no tuvieron fuerza, como obra de los arrianos que dominaron en él y cuya confesion no espresó la consubstancialidad.

Concilio de Roma, 342. En él se justificó san Atanasio, y el Papa Julio envió sus cartas pontificias á los orientales.

Concilio de Milan, 349. En él se desaharon las nuevas confesiones y se atuvo á la de Nicea.

Concilio de Sárdica, 347, de cerca de doscientos obispos, convocado de toda la Iglesia y presidido por Osio en nombre del Papa. Este Concilio es mirado como una continuacion del de Nicea, con cuyos cánones se confundieron mucho tiempo los de Sárdica. Los cánones tercero, cuarto y quinto, concernientes á las apelaciones, son los mas notables.

Concilio de Milan, 357, contra las impiedades de Fotino de Sirmio.

Concilio de Roma, 359. Condenó la persona y heregia de Fotino, y exigió una retractacion de Ursacio y de Valente.

Concilio de Córdoba, 349, para sujetarse á las decisiones de Sárdica.

Concilio de las Galias, 358, para separarse de los arrianos Saturnino de Arlés, Ursacio y Valente.

Concilio de Rimini, 359, de cerca de cuatrocientos obispos, que le concluyeron de un modo tan des-